

SUDAFRICA: SOCIOLOGIA DEL EGOISMO

"Llámennos supremacismo, gobierno del amo o lo que ustedes quieran. Continúa siendo dominación. Soy tan descarnado como puedo. No estoy dando excusas. O el blanco domina, o el negro toma el poder. La única manera en que el europeo puede mantener la supremacía es por dominación. Y la única manera en que puede mantener la dominación es retirando el voto a los no europeos". (Strijdom, primer ministro sudafricano de 1955 a 1958).

El apartheid, es un sistema totalitario de represión en todos los órdenes de la vida, impuesto por la fuerza a los 18 millones de habitantes negros de la República de Sudafrica. Consiste en la segregación racial, social, política, económica, cultural y territorial que el gobierno y la sociedad blancos, de origen europeo, han establecido sobre la mayoritaria población negra.

El apartheid es la piedra angular de la estructura social, política, pero, sobre todo, económica de Sudafrica. Las industrias y las empresas privadas, propiedad casi en su totalidad de la comunidad blanca y de los intereses occidentales extranjeros, se benefician del apartheid. Se obtienen grandes beneficios gracias a la explotación de la población autóctona africana, cuyas tierras y recursos naturales han sido lisa y llanamente robados y cuyos salarios no sobrepasan la línea del hambre, con lo que la economía sudafricana blanca tiene a su disposición una de las manos de obra más baratas del mundo en relación a las gigantescas ganancias que extrae.

Tratándose de la actual Sudafrica hay que hablar en estos términos: blanco y negro. Fueron los blancos quienes eliminaron violentamente los matices. La violencia es una institución permanente en Africa del Sur, con formas y tiempos diferentes: sonora y descarnada como la matanza de Sharpeville en 1961, o la de Soweto el pasado junio, donde las aguas no han vuelto todavía a sus cauces. O una violencia con menor repercusión diaria en la opinión pública internacional, pero no por ello menos brutal, como es la del propio sistema del apartheid.

La sociedad sudafricana blanca es profundamente egoísta. Egoísmo, racismo e insolidaridad son los principales atributos de la mayoría de sus componentes, y el apartheid no es otra cosa que el gran tinglado montado por esa sociedad para ejercer la dominación que hasta ahora ha garantizado su enorme bienestar material y el infierno de la comunidad negra. Ese infierno

llevó a Sharpeville, ha llevado a Soweto y conducirá al estallido final.

Pero Sudafrica es también el paraíso de las compañías multinacionales. En ella tienen estas empresas montado un enorme emporio comercial y financiero con intereses muy considerables. Apharteid, sociedad sudafricana blanca y multinacionales están íntimamente ligadas. Un hecho es incontrovertible: el mundo occidental capitalista

sables), que sostuvieron el colonialismo portugués hasta el último momento.

A pesar de los importantes intereses norteamericanos en el Africa austral, el Departamento de Estado de los EE. UU. ha ido a menudo a remolque en esta parte del mundo, en gran medida porque tradicionalmente la consideraba una "responsabilidad" de sus aliados europeos. En peculiar ejercicio del principio de subsidiariedad, Washington ha

dáfrica. En los dos últimos años un par de sucesos que afectan gravemente a Africa han tenido lugar: uno, aún palpitante, el desenlace de la guerra de Angola a favor de las fuerzas progresistas. El otro, la caída del fascismo en Portugal y de su imperio colonial el 25 de abril de 1974.

Ambos han provocado en el Ministerio de Asuntos Exteriores dirigido por el doctor Kissinger, y en las empresas transnacionales, una significativa convulsión, cuya expresión más inmediata y reciente ha sido la nueva línea política de los EE. UU. hacia el Africa negra, que fue enunciada por el secretario de Estado, en la primavera de este año, con motivo de su viaje a varios países de ese continente.

Este nuevo rumbo es indicativo de las importantes y serias transformaciones que en el continente negro tienen lugar. Detrás de ese cambio de dirección está el deseo de salvar, en lo posible, los intereses del capitalismo internacional, en dos zonas cada vez más delicadas: una —la más vital— Sudafrica y los países limítrofes. Otra, el resto del Africa negra.

Lo interesante a destacar es que, en Sudafrica, y en todo el cono sur —incluida Rhodesia— los nuevos factores están alterando la situación. La agitación que se extiende desde Soweto, pero sobre todo la "caída" de Angola y Mozambique, han puesto por un lado en peligro y por otro en tela de juicio el fondo y la forma del compromiso de las compañías multinacionales en la región.

En peligro porque tras la liberación de Mozambique y Angola, Sudafrica y asimilados (Namibia, Rhodesia) han perdido fundamentales apoyos y puntos de contención en la zona y se incrementan las posibilidades de actividad guerrillera contra el gobierno de Pretoria. Y en tela de juicio porque las propias transnacionales se venían preguntando ya en los últimos tiempos si no es más beneficioso modificar la forma del compromiso para poder mantener el fondo. La nueva política del secretario de Estado USA, supondría la adopción de esta nueva táctica por un importante sector de las multinacionales. Trataremos más adelante de cómo se la quiere plasmar diplomáticamente. Veamos ahora el origen económico-político de la necesidad del cambio.

El futuro económico del "apartheid"

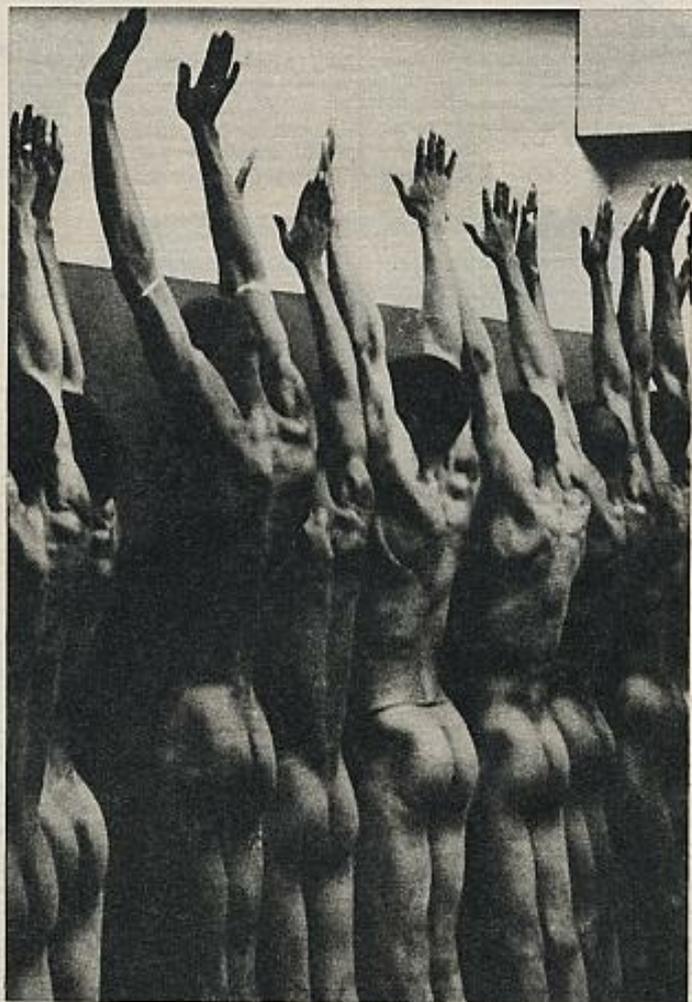
Viene teniendo lugar en los últimos años un debate sobre esta cuestión que adquiere cada vez mayor interés: ¿Podrá Sudafrica

Emilio Menéndez del Valle

es cómplice y sostenedor del tinglado de explotación a que nos venimos refiriendo. El gobierno de Pretoria no habría podido mantener el bastión blanquista levantado en Africa meridional sin el apoyo activo del capital —y de las armas— norteamericano y británico, secundado por el de otros países europeos y Japón. Se trata de los mismos responsables (o irrespon-

procurado que Londres o París se ocuparan de las castañas cada vez que se propagaba algún fuego.

Sin embargo, en 1976 la situación en Africa ha tomado visos demasiado rápidos e inquietantes para los compromisos de las compañías multinacionales (y por ende para los norteamericanos). Y no sólo por la marea de revueltas que desde Soweto se extiende por Su-



Para hablar de Sudafrica actual hay que hacerlo en estos términos: blanco y negro. Fueron los blancos los que eliminaron los matices.



La sociedad sudafricana blanca es profundamente egoísta y el "apartheid" no es otra cosa que el gran tinglado que tiene montado para garantizar su enorme bienestar material y el infierno de la comunidad negra.

subsistir económicamente o, al menos, mantener el presente nivel de prosperidad para los blancos con el actual sistema? Dos posturas se mantienen al respecto:

Postura A: Es la defendida por los "liberales" sudafricanos, por los neocapitalistas inteligentes que temen ver frenada la expansión económica por una aplicación dura y estricta del *apartheid*, de un lado, y que, de otro, temen la escalada guerrillera y una catástrofe final por un violento estallido racial y revolucionario de magnitudes imprevisibles.

El portavoz de esta posición en Sudáfrica, es el diario *South African Financial Times*, propiedad del todopoderoso Harry Oppenheimer, dueño del imperio económico que tiene por eje la Anglo American Corporation of South Africa.

La postura A, que aglutina desde intelectuales blancos con mala conciencia o ingenuos de buena fe hasta avezados ejecutivos financieros, mantiene que las propias contradicciones internas de la sociedad sudafricana pondrán fin al *apartheid*. Tal sector social viene a decir: estamos contra el *apartheid*, pero de él está dando buena cuenta el desarrollo económico, por lo que no hay necesidad de una lucha armada de liberación.

Postura B: Sostiene que uno de los argumentos fundamentales, que explican la inactividad de una cierta izquierda moderada euro-americana, está basado sobre el error que los liberales sudafricanos blancos, cometen al afirmar que, el crecimiento económico está desintegrando el *apartheid*. Argumenta la postura B que, desde luego, exis-

ten fundamentales contradicciones dentro de Sudáfrica, pero que ellas no van a eliminar por sí mismas la supremacía blanca de un modo automático (aunque su mera existencia e intensificación son obviamente condiciones importantes para la lucha de liberación).

Las tesis de los reformistas sudafricanos blancos, empeñados en que el propio desarrollo económico acabará con la injusta estructura de segregación racial impuesta al país, y cuyo principal portavoz dentro de Sudáfrica es el *Financial Times*, podrían resumirse así:

a) Las reformas han de llegar. Vendrán con toda seguridad a causa de las mismas presiones ejercidas por el crecimiento económico, por la cada vez mayor demanda de trabajo, por la imposibilidad física de continuar recurriendo indefinidamente al depósito de "talento especializado", para determinados trabajos que hasta ahora monopolizan los blancos, incluidos los puestos directivos en todos los grados.

b) El desarrollo económico traerá el cambio que hará caer las cadenas, al igual que sucedió en la Edad Media, en la que el surgimiento de las ciudades y de una clase artesana y mercantil rompió la relación feudal entre amo y siervo. De la misma manera, el desarrollo económico producirá las mismas consecuencias para los no europeos de Sudáfrica.

Así, sostiene esta postura, cada rand invertido será un rayo de esperanza para los que padecen el lado oscuro del *apartheid*, cada nuevo puesto de trabajo creado, es un nuevo paso hacia la pacífica transi-

ción que las presiones inexorables de la economía impondrán.

c) Como consecuencia de todo ello, el nivel de vida y educativo de los africanos irá aumentando. El desfase cultural irá desapareciendo y su estilo de vida aproximándose al patrón occidental. Y al tiempo que crezca la interdependencia racial, así lo harán las escenas social y económica.

En nuestra opinión, las tesis pretendidamente reformistas se comentan por sí mismas. Una tesis mecanicista que promete continuamente una felicidad futura que nunca llega no puede constituir un argumento político serio que contenga a la guerrilla ni una razón ética que justifique lo injustificable.

El crecimiento económico no desintegrará el "apartheid"

Consideremos ahora los principales argumentos de la que hemos denominado **Postura B**, esto es, la que rechaza la posibilidad de que el *apartheid* pueda ser eliminado por el mero desarrollo económico, tal como afirma la Postura A. Los defensores de la Postura B afirman, con razón, que el desarrollo económico no ha minado la estructura básica laboral del sistema de supremacía blanca, apoyado en el trabajo migratorio barato, reforzado últimamente por la política de bantustanes (1). El acceso de los

(1) El gobierno racista blanco lleva a cabo una gran operación de segregación territorial: pretende concentrar en ocho o diez "grandes reservas" a las principales etnias

africanos a los medios esenciales de poder económico continúa severamente restringido y controlado por la fuerza. El capitalismo, lejos de ser incompatible con el sistema, obtiene considerables beneficios mediante una mano de obra barata, desorganizada y carente de derechos (2). En realidad, el desarrollo económico, en lugar de diluir el sistema de la *baaskap* o supremacía blanca, lo refuerza constantemente.

Esta posición, frente a los que mantienen que el desarrollo "no puede ser separado", afirma que lo es ignorar el hecho de que **está siendo separado** en Sudáfrica. Sostener que el sistema va a desintegrarse por el crecimiento económico es un mero deseo de autoconvencerse de algo no del todo congruente. Creer que la maquinaria ha de llegar a romperse, es abstenerse de analizar por qué no sucede así. Lo cual, no supone por parte de la Postura B negar que el sistema de *apartheid* está amenazado, interna y externamente, sino únicamente negar que lo está, en la

de Sudáfrica. Cada una de ellas (bantustan-patria, hogar patrio) sería "independiente" dentro de la República. Los bantustanes están siendo establecidos en las áreas más estériles, semidesérticas, quedando el resto del territorio para los blancos.

(2) Hay que advertir, sin embargo, que el proletariado negro ha adquirido en los últimos años un nivel de organización y lucha muy respetable. Buena prueba de ello lo constituyen los acontecimientos de 1973: gravísimas huelgas y manifestaciones protagonizadas por miles y miles de obreros estallaron en la industrial ciudad de Durban, y se extendieron a otras localidades, sorprendiendo a la autarquía blanquista. No menos importante es lo que está sucediendo desde las matanzas de Soweto.

SUDÁFRICA: SOCIOLOGÍA DEL EGOISMO

forma mantenida por la Postura A, es decir, amenazado por el crecimiento económico. (3). La Postura A, en opinión de la B, sirve una función ideológica al desviar la atención crítica de la amplia colaboración del capitalismo hasta el momento —tanto dentro como fuera de Sudáfrica— con la operación de supremacía blanca.

En nuestra opinión, resulta claro que, para determinadas conciencias, la Postura A permite que los beneficios de las multinacionales y los principios éticos caminen de la mano, ya que si el propio crecimiento económico ha de traer las "anheladas" reformas a la dramática situación de la población de color en Sudáfrica, no hay por qué preocuparse. Y, paralelamente, no hay necesidad alguna de continuar la guerrilla ni de imponer sanciones económicas a Sudáfrica, porque, dándosele tiempo, el propio sistema "se corregirá naturalmente". Pero la verdad es que, mientras tanto, los blancos hacen todo lo posible para retrasar la "corrección natural". En el sector de la construcción, por ejemplo, ante la escasez de trabajadores blancos, los africanos están haciendo traba-

(3) Obviamente, y tal como pretendemos demostrar en este artículo, el apartheid, está seriamente amenazado desde la liberación de Mozambique y Angola y la extensión de los disturbios raciales de este año.

jos especializados o semiespecializados, que están reservados legalmente a los blancos, pero sin recibir los salarios que la misma ley atribuye a estos puestos. La cuestión racial, al menos por ahora, no está siendo solucionada, sino manipulada.

Aparte la opinión ultraconservadora, que apoya sin tapujos al régimen sudafricano, se dan en Occidente las siguientes posiciones en relación con la utilización del factor económico para destruir el apartheid:

1.—Las firmas extranjeras en Sudáfrica, de cuyas inversiones depende la economía de este país, deben continuar el ritmo creciente de inversiones pero imponiendo al gobierno de Pretoria las condiciones de empleo de los trabajadores africanos. ¿Cómo?

2.—Deben detenerse las inversiones hasta que se abandone la política de segregación racial y territorial. Se trataría de un embargo que, para ser eficaz, habría de generalizarse. ¿Cuántas compañías multinacionales estarían dispuestas?

3.—La tasa de crecimiento de la economía sudafricana debe acelerarse con más inversiones, creando una enorme demanda de mano de obra que obligaría a las empresas a formar, pagar y preocuparse de los trabajadores africanos mucho más que hasta el presente. Ya hemos mencionado que el extraordinario índice de crecimiento en las dos últimas décadas no ha supuesto un avance significativo en los salarios y condiciones laborales de los africanos.

4.—El cuarto argumento es partidario de una total retirada occi-

dental de Sudáfrica, dado lo infamante de su régimen. Obviamente minoritario en el mundo de las multinacionales.

El único hecho evidente para la opinión pública internacional que se preocupa de la indignidad blanquista en Sudáfrica es que, durante más de veinte años, la creciente presión de esa opinión pública no ha servido para eliminar el apartheid, ni siquiera para mitigar su dureza. Precisamente, durante los años en que el crecimiento económico y sus beneficios han sido mayores para la población blanca. De ahí la radicalización ideológica y la extensión de las huelgas y manifestaciones. De ahí la frecuente ejecución de condenas a muerte de personas no blancas. De ahí la cada vez más consolidada legitimidad de los movimientos de liberación y de su recurso a la lucha armada. Pero también de ahí el viaje de Kissinger por África de hace unos meses y la nueva táctica de las compañías multinacionales.

Diplomacia y multinacionales al servicio del cambio

Protegidas por los inmensos territorios de Angola y Mozambique, bajo control colonial portugués, las sociedades blanquistas en el poder en Sudáfrica y Rhodesia han podido resistir hasta hoy porque tenían plenamente a su favor el aparato estratégico, político, militar y económico del Occidente capitalista. Pero la Revolución de 1974 en Lisboa y la liberación de Mozambique

y Angola han marcado definitivamente el principio del fin de la supremacía blanca en el continente negro: la Rhodesia de Smith y Namibia, hoy bajo férreo dominio sudafricano, pueden darse ya por perdidas para la causa de la *baaskap*.

Se trata ahora de salvar a la propia Sudáfrica de la marea revolucionaria que, tras la consolidación de regímenes progresistas en las ex colonias lisboetas, puede extenderse desde esos países y otros limítrofes, hacia el sur, hacia Pretoria. Pero también, por contagio, arraigar en una buena parte de los Estados negros formalmente independientes. La cuestión estriba en cómo llevar a cabo la difícil operación de salvamento, cómo convencer a la sociedad blanca aferrada a sus privilegios de que debe ceder gran parte de ellos. Lo dramático radica, sin embargo, en si —dado el curso de los acontecimientos— no será ya demasiado tarde para lograr los fines que se persiguen.

Preocupado por los éxitos de la otra superpotencia y de los combatientes revolucionarios en Angola, el Departamento de Estado norteamericano ha virado de rumbo en África. Es un giro de muchos grados que deja atrás no muy lejanas declaraciones de Kissinger, que expresaban desinterés e incluso desprecio por el continente negro. Afirmaciones del secretario de Estado, como ésta pronunciada en 1973: "No me interesa nada de lo que ocurra de los Pirineos para abajo. No estoy interesado ni sé nada, sobre la parte meridional del mundo". O decisiones políticas: como el nombramiento no hace tanto tiempo para la Subsecretaría de Asuntos de África, de Nathaniel



El proletariado negro ha adquirido en los últimos años un nivel de organización y lucha muy respetables que recientemente se han reflejado en las revueltas, duramente reprimidas, de Soweto. Sobre estas líneas, disturbios en la ciudad de Alejandra, cerca de Johannesburgo.



Tras la liberación de Angola y Mozambique, Sudafrica ha perdido un apoyo fundamental en la lucha contra las guerrillas. En la foto, tropas cubanas en Angola.

Davis, el embajador USA en Chile, cuando el asesinato de Allende, y hombre no grato a varios estadistas africanos.

Gran giro y nueva táctica, que destacan todavía más, si se recuerda que hasta el momento África es el farolillo rojo en los "planes de ayuda exterior" de Washington. A causa sobre todo de que los EE. UU. han considerado África tradicionalmente una "responsabilidad" de sus socios euro-occidentales, nunca tuvo ocasión la tierra al sur del Sahara de gritar ningún "bienvenido Mr. Marshall". Desde el Informe del Comité Clay (1963), que recomendaba que la ayuda norteamericana fuera concentrada en áreas de importancia estratégica e inversora para los EE. UU. y recortada en otras, el total de capital USA recibido por África descendió de 701 millones de dólares en 1962 a 246 millones en 1970.

En los últimos tiempos al menos un sector muy importante de las compañías multinacionales —probablemente mayoritario— se ha "sensibilizado", ante el rumbo que han tomado los acontecimientos en Mozambique y Angola y, consiguiendo, en Rhodesia y territorios limítrofes. Y dado que la defensa de los intereses norteamericanos en el mundo (donde las multinacionales se hallan integradas) ha de ser objetivo fundamental de la política exterior USA, lógicamente, el Departamento de Estado está reaccionando ante las presiones que se le hacen en el sentido del "cambio".

¿Cómo plasmar el cambio? ¿Qué pasos dar para conservar el futuro no perdiendo todo el presente? Aceptada la irreversibilidad de Angola y Mozambique, se trata de coexistir con sus nuevos regímenes, procurando simultáneamente

que el resto de África no derive en idéntica dirección. En unos casos habrá incluso que ceder partes importantes (renunciar a la supremacía blanca en Rhodesia), para poder mantener el todo. En otros bastará con alterar los criterios de la "ayuda a África". Habrá que dar muchos millones de dólares; pero con ellos las multinacionales recibirán facilidades de los gobiernos negros reformistas no revolucionarios. En esencia, ese es el plan. Y para llevarlo a cabo trabajarán económicamente las multinacionales y Kissinger y su Departamento de Estado diplomáticamente.

He aquí algunos significativos detalles que apoyan la interpretación que estamos ofreciendo:

a) Una multinacional, la London Rhodesian Mining Company (Lonrho) ha tenido algunas dificultades en los últimos tiempos. La Lonrho, que opera principalmente en Sudafrica y Rhodesia, ha pretendido extenderse a varios países del África negra, donde fue vetada por su apoyo al bastión blanquista. Recientemente, Anthony Rowland, su director general, se ha declarado públicamente "violentamente anti-Smith", y su presidente, lord Duncan Sandys dijo el uno de marzo pasado que Smith no durará siempre y que la Lonrho no tiene nada que temer de un gobierno de la mayoría negra en Rhodesia.

b) Otra multinacional, la Anglo American Corporation of South Africa (portavoz: *South African Financial Times*; gran magnate: Harry Oppenheimer; con empresas como la de De Beers y Diamang —Diamantes de Angola, S. A.— que controlan el mercado mundial de esa piedra preciosa), ha estado también últimamente llevando a cabo peculiares iniciativas.

Oppenheimer y sus diversos grupos de presión, han estado pro-

picando entusiastamente, dentro y fuera de Sudafrica, el diálogo entre Pretoria y los Estados negros formalmente independientes. Oppenheimer ha sido figura clave en la "aproximación amistosa" entre el primer ministro sudafricano, Vorster, y el presidente de Zambia, Kaunda (4). Igualmente, el potente lobby que Oppenheimer y sus círculos financieros integran está haciendo lo posible por "civilizar" las relaciones entre las revoluciones triunfantes en Angola y Mozambique y el bastión blanquista. Elementos de presión no le faltan: el 80 por 100 de los recursos económicos actuales que obtiene la República Popular de Angola provienen de "su" petróleo de Cabinda y de "sus" diamantes. Pero todavía la explotación y comercialización del primero la lleva a cabo otra multinacional, la Gulf Oil (5), y la de los segundos, la Diamang.

Con todos estos elementos de análisis, podemos llegar a las siguientes conclusiones respecto a la nueva política exterior para África lanzada por el secretario Kissinger:

1.—Los EE. UU., las multinacionales y el capitalismo internacional en general, atraviesan una fase delicada en África negra, dado el cur-

(4) Zambia lleva en los últimos años una política pendular respecto al bastión blanquista. Limitrofe con él, y acosada por dificultades económicas, ha querido a menudo coexistir con Pretoria y propiciar el "diálogo", obteniendo así cierta ayuda indirecta de los sudafricanos. Sin embargo, en los últimos tres meses, desde la consolidación de la República Popular de Angola, parece notarse en el país un cierto reafirmamiento de la postura progresista.

(5) Al principio de la guerra de Angola, la Gulf Oil, bajo directrices del gobierno USA, dejó de pagar al MPLA los ingresos obligados por la explotación del petróleo. No hace mucho, la multinacional decidió volver a pagar al gobierno revolucionario. Los tiempos cambian.

so de los acontecimientos, y no pueden perder más tiempo.

2.—La primera medida concreta, es retirar su apoyo al gobierno de Smith, con lo que la supremacía blanca queda condenada en Rhodesia. Ello implica el congraciarse con las fuerzas nacionalistas moderadas (tras lustras de haberlas combatido también), para propiciar gobiernos negros protagonizados por ellas que indirectamente quedarían bajo influencias extranacionales. Se trata de lograr que las multinacionales tengan los menos obstáculos posibles en la nueva Rhodesia, Zambia, si fuera posible en Angola y Mozambique y, por supuesto, en el resto del África negra. Kissinger ha llegado a ofrecer 125 millones de dólares al gobierno FRELIMO mozambiqueño (tradicional enemigo) para compensar los perjuicios que le ocasiona el cierre de la frontera mozambiqueña-rhodesiana.

3.—Obviamente, el hueso duro de roer es la propia Sudafrica, cuya minoría blanca en el poder no está dispuesta a renunciar a la dominación directa. Va a ser muy difícil que el Departamento de Estado USA pueda controlar la situación en la Sudafrica blanquista. Podrá probablemente convencer a Vorster y a quienes lo apoyan (la mayoría de la minoría blanca), de que cedan Namibia para llevar allí a cabo el experimento reformista negro moderado, pero no tan fácilmente para que se inicie un proceso que lleve a la rápida desaparición del *apartheid*, y a la mayoría africana al gobierno, si bien no al poder.

Y ahí radica precisamente el quid de la cuestión: el gobierno USA puede hablar de que espera una evolución hacia los derechos humanos en Sudafrica en un "plazo razonable" (?), pero nada más. Se van a dar en Sudafrica las mismas dificultades que en Israel para pacificar una región internacional. Lo que en principio era una situación subimperialista dependiente de uno u otro centro de poder occidental, ha adquirido una considerable autonomía de Washington o Londres. La suficiente para poner en peligro la ambiciosa operación Kissinger en África, que consiste ni más ni menos que propiciar ahora la "reforma" para evitar mañana la ruptura (6). Las espadas siguen en alto, pero la intransigencia del gobierno y de la mayoría de la sociedad sudafricana blanca —profundamente racista—, y los éxitos crecientes de las fuerzas progresistas en África hacen cada día más patente la posibilidad de otro Vietnam en la región. Estamos cruzando un peligroso Rubicón. ■ EMILIO MENENDEZ DEL VALLE.

(6) Todo ello, sin entrar a analizar la oposición a la política kissingeriana de Ronald Reagan (aspirante a ser designado candidato a la Presidencia por el Partido Republicano en las próximas elecciones USA). Reagan es un ultraderechista, partidario del bastión blanquista, y de la "mano dura" en África negra —són más dura que la de Kissinger—. Si él llegara a la Presidencia reemplazaría esta política. Cabe además la posibilidad —no probabilidad— de que Ford cesara ahora a Kissinger para frenar en lo posible a Reagan.